

Los primeros tiempos de Cuba en la ruta antillana del café¹

por

Alejandro García Álvarez

Universidad de La Habana/Academia de la Historia de Cuba

En el presente artículo se da a conocer el proceso cafetalero en Cuba durante siglo y medio de actividad (desde su introducción al fin del dominio español sobre la isla), su transformación en objeto de comercio internacional desde finales del siglo XVIII tras la destrucción de Saint Domingue, sus etapas de auge y decadencia en la isla, el abandono de sus tierras de cultivo en favor del azúcar y la rápida difusión de su ingesta por la población de ciudades y pueblos de Cuba.

PALABRAS CLAVE: *café; Cuba; Saint Domingue; azúcar; esclavos; comercio.*

Numerosas islas y territorios continentales del entorno caribeño han dedicado partes de sus espacios agrícolas a cultivos tales como la caña de azúcar, el café, tabaco, henequén, cacao, cocos, bananos y otros frutos que con frecuencia llegaron a convertirse en agentes dinamizadores de sus economías locales. El sometimiento de algunos de estos productos del agro a procesos de selección, manufacturación y envasado dotaron a los mismos de valores agregados que favorecieron la elevación de sus precios en los mercados. Como resultado de tales acciones, el azúcar, las mieles y alcoholes; el café secado, descascarado, seleccionado y molido; las hojas de tabaco, cigarrillos y puros de diversas calidades, así como las sogas y jarcias, han sido considerados hasta hoy como rubros comerciales importantes a nivel internacional.

¹ Trabajo realizado en el marco del Proyecto del Plan Nacional del MINECO (España) HAR2012-37455-C03-01.

Uno de estos cultivos, el del café, así como su procesamiento, comercialización y consumo fue desarrollado en países de América Latina y el Caribe durante más de dos siglos. Territorios como los de Brasil, Colombia, Costa Rica o Nicaragua son ejemplos de ello. En los casos específicos de La Española y en los archipiélagos hispano-antillanos de Puerto Rico y Cuba, las actividades relacionadas con el aprovechamiento de los frutos de este arbusto dejaron una indeleble huella. Se supone que el ingreso de esta planta a las islas de esta extensa área marítima tuvo lugar a partir del trasiego mercantil de holandeses, ingleses y franceses. Fue gracias a estos movimientos marítimos que, a partir de 1720, se extendió hacia las posesiones de algunos reinos europeos en América; entre 1726 y 1735 el café fue llevado a las islas de La Reunión (Océano Índico), Martinica y Jamaica, seguido de la colonia francesa de Saint Domingue (posteriormente Haití) y las colonias españolas de Santo Domingo y Puerto Rico para, finalmente, ser introducido en Cuba en 1748. Su aclimatación y la rápida difusión de su empleo como bebida lo incorporaron a la tradición consumista, tanto de europeos, como de africanos y criollos asentados en todos estos territorios. Sin embargo, fue en Saint Domingue donde este cultivo llegó a desarrollarse más temprano y con mayor fuerza a partir de la explotación despiadada de grandes contingentes de esclavos africanos. Sobre la base de tal sistema, este territorio se convirtió en el epicentro productor y exportador del aromático grano durante la segunda mitad del siglo XVIII. En el curso de esta centuria también las cercanas colonias españolas de las Antillas fueron recibiendo y asimilando los hábitos culturales procedentes de la antigua tradición cafetalera árabe, previamente tomados por los europeos de sus lugares de origen y trasladados posteriormente a las colonias del Nuevo Continente. Como resultado de este proceso, no resulta extraño que hacia la segunda mitad del siglo XVIII ya se produjeran algunos miles de quintales de café en varias de las islas antillanas. Además de Saint Domingue y otras ínsulas de menor extensión como La Reunión, San Cristóbal, Martinica, Guadalupe y Granada, también se producían pequeñas partidas del aromático grano con destino al consumo y al comercio exterior en las posesiones coloniales hispanas de Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba.

Sin embargo, el levantamiento de los esclavos en Saint Domingue en 1791 provocó gran inestabilidad social y política y repercutió profundamente en los mercados internacionales vinculados al café, generando una coyuntura de desabastecimiento que fue aprovechada por otros territorios del entorno caribeño. Sin embargo, transcurridas varias décadas de auge en sus exportaciones cafetaleras, las posesiones españolas de Cuba y Puerto Rico fueron sometidas a medidas fiscales dictadas desde su metrópoli que, a la postre, afectaron a sus relaciones con los mercados externos.

Durante más de doscientos cincuenta años, la huella indeleble de este arbusto y la aromática infusión que se obtiene de su fruto, quedaron implantados profundamente en las prácticas agrícolas, manufactureras y consumistas de la mayor de las Antillas². Durante este tiempo la producción local de café se ha mantenido en un proceso caracterizado por su alternancia entre extensas etapas de auge y otras de manifiesta decadencia. En algunas de dichas etapas su producción ocupó un lugar significativo entre los renglones agrícolas exportables del país como el azúcar y el tabaco si bien, como estos productos, el café también se convirtió en un componente fundamental para el consumo de la población local. Sin embargo, no faltaron tiempos en que la población cubana tuvo que depender del abastecimiento externo del fruto cafetalero, ya que las cosechas anuales del grano solo lograron contribuir parcialmente al mantenimiento de una tradición productiva y consumista muy arraigada. La ingestión de café negro varias veces al día convirtió este producto de la agricultura tropical en un signo de identidad cultural que contradictoriamente ha sufrido frecuentes asimetrías entre los niveles de producción y el consumo local³.

Con el objetivo de construir una imagen sobre la inserción de Cuba en la ruta histórica seguida por el café en su trayectoria antillana, el presente artículo pretende establecer una diferenciación precisa acerca de las dos etapas que transitó durante el período colonial, así como la identificación de las causas y consecuencias que se manifestaron en los particulares momentos de auge o decadencia. Para ello se precisa la identificación de los problemas específicos de la producción, comercialización y consumo del café en Cuba, lo que requiere un acercamiento mayor a las características de cada momento de su devenir histórico.

Las primeras dos etapas del desarrollo cafetalero en Cuba se enmarcan dentro del período colonial: una etapa de auge y otra de decadencia en la producción y comercialización del grano. La primera comprende desde la introducción del cafeto en Cuba a mediados del siglo XVIII hasta la década de los sesenta del siglo XIX cuando comenzó a declinar el nivel registrado hasta entonces. La segunda etapa comenzó entonces y se extiende hasta fina-

² Para acercarse a la historia del café en Cuba es fundamental Pérez de la Riva, 1944, un estudio del proceso cafetalero cubano desde sus inicios en el siglo XVIII, hasta la década de los cuarenta del siglo XX, incluyendo aspectos sociales, culturales, económicos y corporativos. También se dispone de estudios generales con información acerca del tema cafetalero en Barcia, García y Torres-Cuevas, 1994. En Portuondo, 1992; Ramírez y Paredes, 2004 y Padrón, 2005 se ofrecen aspectos sociales y políticos o la identificación de los valores patrimoniales resultantes de la implantación cafetalera en áreas específicas del país. Ver el excelente número de *Catauro*, 2008, con trabajos relacionados con la historia y la cultura del café en Cuba ofreciendo aspectos antropológicos, empresariales e iconográficos.

³ García Álvarez, 2008: 5.

lizar el período colonial caracterizándose por la disminución continua de la actividad cafetalera, seguida de un breve repunte coyuntural, justamente hasta el momento de comenzar la Guerra de Independencia en 1895.

SOBRE LA PRESENCIA DEL CAFETO EN LA MAYOR DE LAS ANTILLAS

Esta extensa parte de la historia cafetalera de Cuba debe ser situada entre 1748 y 1899, siglo y medio en el que el territorio pertenecía a la Corona de España. Durante los treinta años que transcurrieron entre la fecha de ingreso de este peculiar y apreciado arbusto a la isla y el momento en que comenzaron las exportaciones de grano desde unos pocos puertos, debió cumplimentarse un proceso relativamente breve de adaptación y asimilación de las prácticas cafetaleras por parte de la población insular. Como es conocido, el café había llegado a las Antillas dotado de una cultura centenaria relacionada con su uso y consumo pero, al mismo tiempo, con la clara noción de tratarse de un producto muy apreciado como objeto del comercio internacional, no solo en el Medio Oriente de donde era originario sino también en Europa Occidental⁴. Por ello, es fácil comprender que las posibilidades económicas que entonces ya ofrecía la explotación mercantil del aromático grano sirvieran como un estímulo para que los emprendedores criollos de entonces se propusieran acometer su cultivo y elaboración primaria. No hay dudas de que este sector supo valorar objetivamente la oportunidad que a partir de la última década del siglo XVIII y los primeros años del XIX se presentó en las colonias hispanas de las Antillas para poder asumir con éxito el lugar que hasta entonces había ocupado la colonia francesa de Saint Domingue como abastecedora internacional de café y otros productos tropicales. La debacle productiva ocurrida en aquel cercano enclave cafetalero como resultado de las insurrecciones de esclavos sirvió para que se abriera un amplio espacio mercantil que fue aprovechado en aquel momento no solo por Cuba sino también por otros enclaves insulares y continentales del entorno americano.

Es conocido que durante el curso de más de dos siglos, Cuba fue no solo un importante productor y exportador de azúcar de caña, sino también un país económicamente muy dependiente de este particular producto⁵. Para el desarrollo de dicho renglón de la economía insular, Cuba pudo disponer de

⁴ Martins, 2008:18-33 ofrece una excelente síntesis de la ruta seguida por el café desde sus lugares de origen hasta su difusión en América.

⁵ Generalmente se acepta que la estructura deformada y dependiente del azúcar que caracterizó la economía cubana hasta finales del siglo XX fue conservada durante más de dos siglos.

ventajas indiscutibles; algunas de carácter transitorio como las que ocasionalmente solían presentarse en los mercados internacionales durante coyunturas históricas favorables, así como otras de carácter más estable relacionadas con las características físico-naturales de la isla, como el clima predominante en el archipiélago o la proclamada fertilidad de sus suelos⁶. A ello se uniría la existencia de capitales siempre dispuestos a ser invertidos en el sector azucarero. Sobre la base de este conjunto de factores y durante dos siglos, se consolidó la estructura económica de tendencia mono-productora y dependiente del azúcar que hasta hace muy poco tiempo caracterizó la economía cubana. A causa de las indudables ventajas comparativas de que pudo disfrutar la caña de azúcar con respecto al resto de las producciones agrícolas o manufactureras, así como del interés que su aprovechamiento mercantil despertó entre las élites económicas y políticas de Cuba, los demás cultivos explotados comercialmente se convirtieron con el transcurso del tiempo en opciones de importancia menor. Así, otros cultivos tales como el tabaco, el café, o el banano fueron removidos desde sus asentamientos originales y trasladados a otros lugares del territorio insular con el propósito de liberar espacios para el cultivo de la caña. Visto el proceso en su conjunto, puede añadirse la idea de que la mayor parte de los esfuerzos de diversificación de la agricultura intentados en Cuba durante el siglo XIX y primera mitad del XX, debieron afrontar un entramado de intereses empresariales cuya base de sustentación era el conjunto de actividades relacionadas con la financiación, producción, transporte y comercialización del azúcar, así como con la venta de equipos e insumos varios destinados al fomento de esta misma agro-industria. Hasta un cultivo tan autóctono y de gran importancia mercantil como ha sido siempre el tabacalero se vio envuelto en una larga disputa con respecto al empleo agrícola de las tierras más accesibles del occidente cubano y desde la segunda mitad del siglo XVIII las vegas debieron abandonar gradualmente los terrenos que habían venido ocupando desde los primeros siglos coloniales, cediéndolas a las privilegiadas producciones de caña de azúcar y de café⁷. Otro cultivo que alcanzó interés mercantil internacional desde mediados del siglo XIX fue el «guineo» o banano aunque también hubo de abandonar sus espacios en más

⁶ La idea de que el clima y la fertilidad de los suelos en Cuba son idóneos para el cultivo de la gramínea azucarera ha predominado durante mucho tiempo. Téngase en cuenta que a causa de la influencia que tuvo el azúcar en la economía cubana, las estaciones fueron formalmente divididas en dos: la seca (época de molienda o zafra azucarera) y la lluviosa (tiempo muerto para la industria del dulce). La idoneidad de los suelos también debe contemplarse con una cierta relatividad. La caña despoja de nutrientes los suelos y si no son repuestos, su degradación progresiva hace disminuir gradualmente los rendimientos agrícolas.

⁷ Sorhegui y de la Fuente, 1994. Funes Monzote, 2008: 60-77.

de una ocasión y de manera temporal en favor de la caña de azúcar, sobre todo ante cada coyuntura favorable para el cultivo de la gramínea, principalmente al finalizar el siglo XIX y en varias décadas del XX⁸. Un caso muy distinto y más tardío fue el del henequén ya que la ocupación de tierras por esta variedad de agave textil siguió el rumbo previamente trazado por la caña de azúcar, una vez que las tierras ocupadas y agotadas por el cultivo reiterado de la gramínea fueron abandonadas por causa de su baja fertilidad⁹. En el curso de esta curiosa movilidad territorial, la historia del café en Cuba sugiere la necesidad de registrar aquellos hechos que permitan explicar cómo el aromático grano también debió subordinarse a la influencia determinante del azúcar, después de la extensa etapa de auge y amigable convivencia que ambos productos habían alcanzado en la agricultura insular durante la primera mitad del siglo XIX.

EL RUMBO SEGUIDO EN LOS PRIMEROS TIEMPOS

Generalmente se acepta la idea de que la presencia de cafetos en Cuba partió de una acción individual para el enriquecimiento y diversificación del inventario de árboles y arbustos que cada hacendado o estanciero acostumbraba plantar en su finca, particularmente en las situadas en los alrededores de La Habana y otras ciudades. Sin embargo, es imposible pensar que en la particular coyuntura de mediados del siglo XVIII se hubiera pasado por alto el conocimiento sobre las posibilidades económicas que este cultivo encerraba. El interés mercantil en esta planta había quedado demostrado por la actuación de los propietarios de algunas de las posesiones francesas del Caribe, así como también en la británica Jamaica y en las Guayanas holandesa y francesa¹⁰. Precedido por la cría de abejas o apicultura, el café llegó a Cuba al

⁸ En este sentido fueron especialmente significativos los años finales del siglo XIX cuando se introdujo la explotación azucarera en los alrededores de Banes, así como también las dos guerras mundiales, cuando los precios del azúcar justificaron el eventual desplazamiento del banano desde las zonas de Nipe y de Sagua de Tánamo hacia lugares más intrincados del oriente cubano. Ver: VVAA, 1976.

⁹ Se trata sobre todos de terrenos costeros del occidente, donde inicialmente habían estado los más antiguos ingenios del país. Ver García Álvarez, 2003: 106-107.

¹⁰ Como ejemplos de su disseminación por las Antillas debe mencionarse que en 1753 la producción de café en Saint Domingue ya había alcanzado los 70.000 quintales (3.500 tm); en Martinica 12.000 (600 tm); en Guadalupe 2.948 (149 tm); en Jamaica 657 (32,9 tm); en Granada 13.400 (610 tm), y en la danesa San Cristóbal 1.213 quintales (60,6 tm). Pérez de la Riva, 1944: 21.

terminar la primera mitad del siglo XVII, pocos años después de haber sido conocido el *coffea arábica* en Holanda y en Francia y de haber comenzado a ser cultivado con éxito en las colonias francesas de Cayena, Guadalupe y Martinica, y también en la holandesa de Surinam¹¹. Al parecer, fue desde el vecino Saint Domingue francés desde donde la planta fue llevada a Cuba en 1748 por José Gelabert, contador mayor de cuentas, quien lo sembró en tierras de una finca ubicada en los suelos rojos del Wajay o Ubajay, muy cercano a la ciudad de La Habana¹². También se ha afirmado que dicha planta llegó a Cuba procedente de Puerto Rico en 1769, lo cual parece mucho menos probable por lo tardío de la fecha. De todos modos, en muy poco tiempo su cultivo se extendió a otros lugares del occidente cubano como Guanajay y San Marcos o Artemisa, y hacia los alrededores de Sancti-Spíritus y Trinidad en el centro de la isla, así como también en dirección a los diferentes puntos montañosos de la región oriental. La administración colonial y la oligarquía criolla, muy sensibles en época de las reformas borbónicas a las ventajas que a más largo plazo podrían obtenerse de una ampliación de los cultivos tropicales destinados al comercio internacional, se las arreglaron para que oportunamente fueran extendidos a la caficultura los beneficios que entre 1758 y 1760 habían sido otorgados a la producción de azúcar. Casi coincidiendo con estas estimulantes medidas, en un antiguo texto de 1761 sobre la historia de Cuba se afirma que por entonces solo se cultivaban en la isla dos productos destinados a ser elaborados y exportados: el tabaco y el azúcar. A esta afirmación «El Autor» agrega críticamente que el resto de los cultivos de valor comercial, tales como el café, el algodón o el jengibre «se siembran para consumirlo cada uno en su propia casa o por diversión»¹³. No obstante la credibilidad de tal afirmación y la coyuntura específica en que se realizó, la historia continuó apuntando persistentemente en una dirección muy favorable para el desarrollo de los cultivos cafetaleros con fines comerciales ya que poco tiempo después, mediante la Real Orden de 8 de junio de 1767, se estableció una norma muy estimulante que establecía que el café proveniente de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Cartagena de Indias no debía pagar derechos de exportación e importación en la Península, lo que debía facilitar la reexportación desde España

¹¹ Según los datos disponibles, el arbusto cafetalero fue introducido en las Antillas en la década de 1720, primero en Martinica y después en Jamaica. Pezuela, 1865-1866, I: 223. También se tienen noticias de que desde la segunda década del siglo XVIII había café en lugares del continente como Surinam, Cayena y después Brasil. Ver Ramírez Pérez y Paredes Pupo, 2004.

¹² En la actualidad este poblado pertenece al municipio capitalino de Boyeros o Rancho Boyeros.

¹³ Ver edición del libro de Ribera, 1973: 131.

del café previamente recibido de América. A todo este aparato normativo se uniría más tarde la supresión absoluta de los derechos de exportación para dicho producto¹⁴. A partir de ello puede entenderse que hacia 1770 el café fuera cultivado para uso doméstico en varios lugares del territorio cubano y que también comenzara a ser plantado con objetivos mercantiles y para ser exportado a España algunas pequeñas partidas¹⁵. A pesar de la modestia que debió caracterizar por entonces la cosecha de café en Cuba, la popularidad que su cultivo y consumo comenzaba a disfrutar continuó alertando a la administración colonial con respecto a la posibilidad de que el dorado grano pudiera convertirse en un importante objeto del comercio de exportación. Para estimular esta función se otorgaron al café algunas ventajas más como dar carta de permanencia a las concesiones provisionales previamente otorgadas a los primeros productores. Todo parece indicar que las medidas adoptadas entonces fueron lo suficientemente estimulantes como para que a finales de la década de los setenta comenzara a producirse un avance significativo, aunque lleno de altibajos, en la producción de este rubro de la agricultura insular. Como por aquella época el puerto de La Habana centralizaba oficialmente las exportaciones de todo el occidente del país, las salidas de café por el puerto capitalino pudieran ser representativas de la acogida que había alcanzado dicho cultivo en la isla veinte años antes de que se produjeran los levantamientos de esclavos en la vecina colonia francesa de Saint Domingue. Los embarques del grano realizados desde el puerto de La Habana en las décadas de los setenta y ochenta del siglo XVIII fueron muy reducidos ya que nunca rebasaron los 520 quintales (26 toneladas métricas). Sin embargo, demostraban que la producción insular cosechada ya no tenía como destino exclusivo el entonces limitado consumo local, sino que podía convertirse en un renglón exportable con posibilidades de desarrollo en un futuro no muy lejano.

AMPLIACIÓN DEL HORIZONTE MERCANTIL

Es conocido que los levantamientos de esclavos ocurridos a partir de julio y agosto de 1791 en la colonia francesa de Saint Domingue obraron como una especie de detonador entre las diversas islas del Caribe, creándose a partir de ellos una situación nueva. La turbulencia social y sus efectos políticos inmediatos se expandieron de diversas maneras sobre algunas de las islas en que existía población esclava. Ante tal coyuntura, la posibilidad de que el

¹⁴ Pérez de la Riva, 1944: 13.

¹⁵ Pezuela, 1865-1866, I: 223.

ambiente de rebelión y sus secuelas de destrucción y muerte contaminaran a otros territorios se convirtió casi en una obsesión para las experimentadas elites esclavistas de la isla de Cuba. Los alarmantes rumores procedentes de la vecina Saint Domingue ocuparon la mente de sus miembros y representantes más esclarecidos¹⁶. Este miedo, sin embargo, no les apartó ni un milímetro de sus propósitos mercantiles y por ello se pronunciaron inmediatamente y de manera muy clara en favor del aprovechamiento de dicha coyuntura con respecto a los mercados norteamericano y europeo de productos tropicales¹⁷. Aunque las influencias de la Revolución de Haití y su secuela de violencia se mantuvo muy presente en cuanto a la aplicación de medidas de vigilancia, control y represión, el temor a tales eventos no pareció ensombrecer en lo más mínimo el pragmatismo que caracterizaba el pensamiento económico de los criollos cubanos en su estrecha alianza con la Corona de España. Cumplimentando los reclamos de la oligarquía habanera, las ventajas concedidas con anterioridad a la agricultura comercial fueron definitivamente reforzadas por otras proposiciones que de inmediato realizaron los voceros de dicho grupo social. Éstas comprendieron exenciones por diez años en el pago de la alcabala y el diezmo a partir del fomento de cada nuevo cafetal o ingenio, además de eximir del pago de derechos las importaciones de maquinaria destinada a sus explotaciones agrarias¹⁸.

El aprovechamiento de la situación política con el propósito de ocupar un lugar importante en el abastecimiento de los mercados internacionales no se limitó a la implementación de las mencionadas medidas fiscales dirigidas a estimular el aumento de las producciones de azúcar, tabaco, cera, miel de abejas o café sino que, como una gran paradoja, se complementaron con otras disposiciones en favor del fomento agrícola de la plantación esclavista, lo que al mismo tiempo podía suponer el agravamiento de los peligros que amenazaban la estabilidad social de la colonia. Entre estas medidas se halla la autorización para importar libremente esclavos, a la vez reforzadas con la práctica de una política de acogida masiva de inmigrantes franco-antillanos que huían desesperadamente desde la vecina Haití y del Santo Domingo español entre 1801 y 1803. Muchos de estos inmigrantes contaban con conocimientos

¹⁶ Varios aspectos de este proceso en González-Ripoll, Naranjo, Ferrer, García y Opatrny, 2004.

¹⁷ En su “Discurso sobre la Agricultura” de Francisco de Arango, el esclarecido representante de la oligarquía habanera expuso a las cortes españolas las aspiraciones que en materia de reformas se precisaban en aquella coyuntura para impulsar el desarrollo de la agricultura en la isla. Ver Arango y Parreño, 1961: 180-218.

¹⁸ Estas concesiones están entre las solicitadas por Arango y Parreño en su conocido “Discurso sobre la Agricultura”. *Idem*.

técnicos, recursos monetarios y también esclavos propios. Aunque la mayor parte procedía de Haití, no puede descartarse totalmente la posibilidad de que algunos hubieran logrado escapar de situaciones revolucionarias similares que durante aquellos mismos años habían surgido en las también colonias francesas de Martinica y Guadalupe. Un número indeterminado de aquellos apresurados viajeros contaba además con experiencia en el manejo de las plantaciones esclavistas, especialmente en las destinadas a la producción de azúcar, aunque también en los llamados productos secundarios como el café, el algodón y el añil. La inmigración franco-antillana a Cuba durante aquel período es difícil de cuantificar pero se ha dicho que a partir de 1793 alrededor de 30.000 personas abandonaron Saint Domingue con destino a otros lugares del Caribe en los cuales el sistema de la plantación esclavista se hallaba en pleno desarrollo (Cuba, Jamaica, Puerto Rico y algunos estados sureños de Norteamérica).

En el caso específico de Cuba puede considerarse que en aquella coyuntura pudieron haber llegado casi de golpe a la isla entre 10.000 y 15.000 franco-parlantes¹⁹. Como es conocido, los lugares más asequibles para el arribo de los inmigrantes que llegaron a las costas cubanas desde la vecina isla estaban localizados en la región oriental, los sitios relativamente más próximos a la convulsionada colonia francesa. A esta favorable proximidad geográfica se unió coyunturalmente la positiva disposición asumida por las autoridades de la región oriental con respecto a la recepción y asentamiento de tales inmigrantes en territorio cubano; en especial la del gobernador del departamento oriental Sebastián Kindelán y la del propio gobernador general de la isla, marqués de Someruelos. Por otra parte, como se trataba de inmigrantes mayoritariamente blancos, se entendía que podían servir de algún modo para compensar con su número e influencia cultural la creciente presencia de esclavos africanos y de población libre de color. En estas circunstancias, tanto la llegada como la acogida y asentamiento de estos hombres y mujeres se convirtió en un proceso

¹⁹ Sobre este éxodo, son especialmente interesantes los trabajos de Knighth, 2005. Von Graffenstein, 2005. Ferrer, 2005. Naranjo, 2005. Luque, 2005. En el caso de Cuba, se ha valorado la cifra de inmigrantes procedentes de Haití y Santo Domingo entre 25.000 y 30.000 personas. Ver Guerra Sánchez, 1962: 210 y Quesada y Aróstegui, 1909: 15. Sin embargo, Pérez de la Riva, 1975: 361-433 señala la imposibilidad de la certeza de tal cifra partiendo de la población blanca que existía en Saint Domingue y la cantidad de muertos también blancos habidos en el conflicto. Basado en sus propios cálculos de población, este autor propone una cifra quizás algo superior a las 15.000 personas. También Yacou, 1989: 76-77, señala que en 1808 había en Cuba 10.304 de estos franco-antillanos, y que de ellos 9.236 estaban en el oriente, lo cual indica que en occidente y el centro de la isla solo se habían establecido 1.128 de estos inmigrantes. El papel desempeñado por dicha inmigración en la región oriental de la isla de Cuba ha sido investigado por Portuondo Zúñiga, 1992 y por Padrón, 2005.

no solo importante desde el punto de vista numérico sino cualitativamente muy positivo por los aportes culturales al modo de vida urbano y rural en aquella región extrema de Cuba²⁰. Portadores de diferentes experiencias agrícolas y manufactureras, con dinero y, a veces, acompañados por sus propios esclavos, los inmigrantes franco-antillanos irrumpieron en los territorios orientales con el criterio de establecerse definitivamente e intentando reproducir las mismas actividades que venían realizando a lo largo del tiempo en sus lugares de origen. A su esfuerzo y dedicación ha sido atribuida en medida importante la prosperidad de los cafetales situados en las estribaciones de la Sierra Maestra, en Santiago de Cuba y en Guantánamo y la irradiación de su influencia cultural²¹. Como evidencia material de estos asentamientos cafetaleros todavía hoy se conservan restos de muchas de dichas instalaciones, tanto en los alrededores de Santiago de Cuba como en zonas elevadas del centro y occidente cubanos. A causa de la presencia de este tipo de inmigrantes con capacidad e iniciativa para emprender explotaciones agrícolas, la demanda de tierras de labor se hizo sentir con especial fuerza en la parte más oriental de la isla, elevándose su precio y estimulando un proceso de redistribución de aquel fundamental medio de producción²². Los itinerarios seguidos por los inmigrantes que continuaron llegando con posterioridad a Cuba, indican con claridad la existencia de una distribución más extensa que alcanzó a casi todo el territorio, incluyendo su ubicación en las principales zonas de fomento agrícola del occidente de la isla, tales como Cienfuegos o Matanzas.

No obstante los positivos resultados obtenidos en la producción de café a partir de la implantación de los inmigrantes franco-antillanos llegados a Cuba en la última década del siglo XVIII y los inicios del XIX, su integración y estabilidad no fue del todo fácil ya que continuaron siendo considerados por algunos sectores de españoles asentados en la isla como extranjeros «franceses» y, por ello, vistos con recelo. Por otra parte, su presencia se mantuvo en alguna medida bajo la óptica de la política de alianzas y enfrentamientos seguida por España en sus relaciones internacionales, lo que se manifestó de manera muy especial durante la invasión y ocupación del territorio peninsular por los ejércitos napoleónicos. A diferencia de casi todas las capitanías y virreinos de Hispanoamérica, donde a partir de aquel momento se crearon

²⁰ Pérez de la Riva, 1944: 109-112. Bacardí Moreau, 1873, II. Padrón, 2005.

²¹ Pérez de la Riva, 1944 realiza una descripción pormenorizada de los aportes de los inmigrantes franco-antillanos a la cultura de Cuba. En esta cuestión también centra su interés, entre otros, Padrón, 2005.

²² No puede ignorarse la gran diferencia de precios que tenían las tierras en las llanuras de occidente con respecto al valor en las zonas montañosas, especialmente en las situadas en el despoblado departamento oriental. Ver Portuondo, 1987; 1992.

juntas de gobierno propio y se dieron fórmulas diversas que culminarían años después con la independencia, el asunto fue asumido de manera bien distinta en la isla de Cuba. Las clases dirigentes de la mayor colonia de las Antillas se unieron en estrecha alianza con los funcionarios de la Corona con el fin de adoptar una política de alineamiento con la monarquía borbónica y de fidelidad a España. Esta situación no solo justificó la adopción de una postura oficial de beligerancia con respecto a la Francia imperial, sino que fue seguida de presiones por parte de algunos grupos urbanos para expulsar a los franco-antillanos llegados a Cuba desde la década final del siglo XVIII y proceder a la confiscación de sus bienes. Se ha dicho que en 1809, y como resultado de los motines que contra los franceses tuvieron lugar en La Habana y otras ciudades, fueron expulsados de Cuba alrededor de 6.000 franco-antillanos de los que estaban establecidos en las montañas de oriente y también en las llanuras habaneras de San Nicolás, Alquizar y Artemisa, quedando abandonadas muchas de las instalaciones agrícolas que habían sido fomentadas por ellos²³. Sin embargo, al parecer, esas medidas se dirigieron sobre todo a dispersar las concentraciones de franco-antillanos que existían en algunas ciudades como La Habana o Santiago de Cuba y que competían ventajosamente con los españoles en el comercio de estas plazas, en los servicios y en algunas otras formas menos legales de subsistencia²⁴.

En épocas posteriores hubo nuevos arribos y también retornos de inmigrantes galos procedentes de la Luisiana y de algunas islas antillanas. La constante presencia de apellidos franceses y otros extranjeros entre los propietarios de cafetales en el occidente y el oriente de la isla, podría constituir un indicador a tener en cuenta para conocer mayores detalles sobre la diseminación de los franco-antillanos por el territorio cubano a mediados del siglo XIX y saber en qué medida pudo producirse su éxodo a causa de estas medidas represivas²⁵. Una vez que se hubieron calmado los ánimos políticos, parte de los inmigrantes expulsados entre 1808 y 1809 regresaron de nuevo a Cuba procedentes de distintos puertos norteamericanos y de las islas de Jamaica, Santo Tomás o San Bartolomé²⁶. Por otra parte, es sabido que en la también colonia española de Puerto Rico, y durante esta misma coyuntura histórica, los hechos

²³ Ponte Domínguez, 1947: 114 y Marrero, 1983, II: 19.

²⁴ Pérez de la Riva, 1975: 370-376. Por otra parte, en las estadísticas que se han compilado para el presente trabajo, las exportaciones de café durante los años 1808, 1809 y 1810 aparecen en ascenso continuo, lo que parece desmentir la tesis del abandono de los cafetales.

²⁵ También Pérez de la Riva, 1944, ofrece datos sobre los propietarios de cafetales en el occidente de Cuba a mediados del siglo XIX. La presencia de apellidos franceses es extraordinaria, llegando al 25 o 30% del total.

²⁶ García González, 2006: 123.

fueron similares aunque los procedimientos de expulsión y confiscación de bienes a los 2.290 inmigrantes procedentes de las colonias francesas vecinas quizás fueron más flexibles y menos lesivos respecto a su permanencia en el territorio, o al desempeño de las actividades económicas que solían realizar²⁷.

Los datos acerca de la exportación de café desde Cuba durante los siglos XVIII y XIX permiten comprobar si realmente las aspiraciones de las elites criollas llegaron a ser colmadas durante las primeras décadas del siglo XIX. Si se toma como base comparativa el aporte que había realizado Saint Domingue al mercado cafetalero europeo en el año de 1789: un total de 662.865 quintales de grano (33.143 tm)²⁸, puede afirmarse que la exportación cubana de café correspondiente a 1790 era todavía muy exigua, ya que en esa fecha Cuba solo había alcanzado a exportar como máximo la insignificante cantidad de 1.852 quintales (92,6 tm), después de satisfacer –quizás– la todavía incipiente demanda interna de este producto. No obstante, estas pequeñas cifras comenzaron a modificarse en sentido ascendente antes de la llegada masiva de los franco-antillanos ya que, en 1798, dicho monto ya había logrado crecer en dos veces y media²⁹, lo que podía ser considerado como un signo muy positivo. Después de los grandes arribos de inmigrantes entre 1801 y 1802, el ritmo de crecimiento de las exportaciones cafetaleras se intensificó, llegando dos décadas después a cifras parecidas a las que habitualmente había suministrado Saint Domingue al mercado europeo en su momento más álgido.

Por ejemplo, en 1827, Cuba llegó a alcanzar por vez primera un monto superior al medio millón de quintales en sus exportaciones con la cifra record de 641.589,7 quintales (25.236,1 tm) en 1833³⁰. Todo parece indicar que las concesiones fiscales que desde antes habían sido otorgadas a la producción y exportación de determinados productos tropicales llegaron a surtir efectos muy estimulantes sobre las exportaciones de café; sin contar, desde luego, la posibilidad de que paralelamente hubieran podido existir otras salidas al exterior mediante la vía del comercio ilícito, práctica que era muy habitual en aquella época.

En el proceso de crecimiento de la explotación cafetalera en la isla no solo intervinieron directamente los inmigrantes de las Antillas francesas que fueron gradualmente asentándose en su territorio a partir de 1793 y, muy

²⁷ La historiadora puertorriqueña María Dolores Luque ha identificado con objetividad las características de la inmigración francesa en Puerto Rico en esta misma época. Ver Luque, 2005: 123-138.

²⁸ Pezuela, 1865-1866, I: 225.

²⁹ En este año se exportaron desde Cuba 4.591 quintales (249 tm) de café. *Ibidem*: 223-224. Pérez de la Riva, 1944: 19.

³⁰ Ver tabla 1 correspondiente a las exportaciones cubanas de café entre 1790 y 1869.

particularmente entre 1801 y 1803. Las perspectivas ofrecidas por la comercialización de este cultivo a partir de aquellos primeros años del siglo XIX fueron lo suficientemente alentadoras como para que también los miembros de las tradicionales elites criollas aspiraran a convertirse en plantadores de cafetos, aunque generalmente sin abandonar sus grandes intereses azucareños³¹. En los años iniciales del siglo XIX el Real Consulado de Agricultura y Comercio también se había interesado en la implantación de cultivos del aromático grano como una forma de aprovechar los altos precios de la época. Para llevar a cabo este propósito dicha institución puso en práctica algunos proyectos dirigidos al fomento de plantaciones de dicho grano en el occidente de la isla. Uno de ellos fue el que condujo a la fundación de los primeros cafetales de San Marcos de Artemisa³².

Aunque por aquella época el ingenio azucarero era la expresión máxima del poder económico de esta clase de propietarios, el cafetal no lo fue menos; además, puede afirmarse en su favor que era considerado como una instalación de ambiente menos agresivo y donde podía disfrutarse de una vida rural más refinada. Los extranjeros que visitaron la isla de Cuba durante la primera mitad del siglo XIX, atestiguaron sus experiencias personales en los recorridos realizados por los campos de Cuba, visitando ingenios y cafetales³³. Sus testimonios sobre la vida en la hacienda cafetalera contrastan con los que aportaron acerca de los ingenios de azúcar. Las actividades agro-manufactureras, industriales o de transporte relacionadas con el dulce planteaban el desempeño de una diversidad de tareas coordinadas, intensas y urgentes propias de esta producción en tiempos de zafra. Éstas se apoyaban en los enormes esfuerzos físicos que debían desplegar los braceros para las labores de corte y alza de la caña en los campos, así como para el ininterrumpido acarreo de la materia prima hacia los molinos y, finalmente, para cumplimentar las diversas tareas destinadas a la fabricación de azúcar, mieles y alcoholes. Durante el período

³¹ Entre ellos, los condes de Lagunillas, de Jibacoa y de Pozos Dulces; los marqueses de Cárdenas de Monte-Hermoso y Duquesne, así como al negrero Joaquín Gómez y las familias oligárquicas de Herrera, Sotolongo, Pedroso, Alfonso y Cárdenas. Ver nuevamente Pérez de la Riva, 1944: 141.

³² En este primer proyecto del Consulado se asignaron 100 caballerías de tierra del corral de San Marcos (1.300 ha.) divididas en fincas de alrededor de 50 ha. cada una. Se dieron las instrucciones a los labradores para el cultivo del café y se crearon premios para estimular a los mejores cultivadores. Méndez, 1947: 218-219.

³³ Ejemplos muy interesantes de este tipo de testimonio pueden encontrarse para momentos muy distintos (1820, 1833-1834, 1839, 1844, 1851 y 1864). Ver, entre otros, Pérez de la Riva, 1981: 92-93 (“Cartas habaneras de Francis R. Jameson”). Madden, 1964: 180-185. Salas y Quiroga, 1964: 179-183. Wurdemann, 1969: 126-129, 167 y 170-178. Bremer, 1980: 165-186. Goodman, 1965: 188-195.

de zafra en los ingenios, dicho conjunto de actividades no dejaban tregua alguna a esclavos, mayores, contra-mayores, administradores y técnicos. En el cafetal, aunque las horas diarias de labor también podían ser muchas, entre 15 y 16 horas, el trabajo no solo era más rutinario sino que las tareas de recolección, secado, descerezado, aventado, pulido y envasado, propios de este tipo de instalación, eran menos concentradas y podían extenderse a lo largo de muchos meses cada año, mientras que en el azúcar las jornadas solían ser más largas, hasta 19 horas, y a la vez más intensas y concentradas en un período de tiempo menos extenso³⁴.

La abundancia del café en el mercado internacional llegó a obrar como elemento de disuasión con respecto a la aplicación de capitales para su fomento en Cuba. Si en Brasil la exportación media entre 1825 y 1834 había sido de alrededor de 1.480.000 quintales (74.000 tm), ésta alcanzaría un promedio de 4.400.000 quintales (220.000 tm) entre 1845 y 1854. Sin embargo, durante esta última etapa se produjo en Cuba un hecho inverso, cuya característica fue la reducción del monto promedio de las exportaciones realizadas desde sus puertos. Dichos montos se redujeron desde los 453.704 quintales (27.680 tm) en los primeros años (1825-1834), hasta los 166.681 quintales (8.334 tm) como promedio de 1845 a 1854³⁵. Durante los diez años siguientes, la media de exportación cafetalera se mantuvo sobre tasas parecidas pero, a partir de 1863, se contrajo drásticamente, sobre todo en el período de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y en toda la década siguiente.

Conocidas las pautas cuantitativas que siguieron las exportaciones cubanas de café desde las últimas décadas del siglo XVIII hasta los últimos sesenta del XIX, y teniendo en cuenta su progresiva reducción a partir de 1845, se impone la formulación de la siguiente pregunta: ¿Qué factores concurrieron para que después de alcanzar logros tan notables en el cultivo y la exportación de café hubiera podido desatarse un proceso de decadencia de tal naturaleza e intensidad a partir de la mitad del siglo XIX?. La respuesta debe ser buscada en un conjunto de factores que influyeron negativamente en su desenvolvimiento, invirtiendo totalmente la tendencia general de crecimiento hasta mediados de la década de los cuarenta. Entre estos factores pueden identificarse algunos de carácter estrictamente mercantil, como el relacionado con la concurrencia de este producto a los mercados internacionales, así como los precios compa-

³⁴ Sobre los detalles del trabajo esclavo en la producción azucarera de Cuba en la etapa colonial es indispensable Moreno Fragnals, 1978, II: 29-37. Acerca de estas actividades en el cafetal, ver Pérez de la Riva, 1944: 68 y Friedlaender, 1944: 210.

³⁵ Friedlaender, 1944: 208. Saco, 1962, II: 59. También los datos estadísticos del presente trabajo.

TABLA 2. COMPORTAMIENTO DE LAS EXPORTACIONES DE CAFÉ REALIZADAS POR CUBA ENTRE 1790 Y 1869 (VALORES MEDIOS QUINQUENALES EXPRESADOS EN QUINTALES)

Años	Valores medios (en quintales)
1790-94	1.852
1795-99	4.590
1800-04	12.500
1805-09	26.990
1810-14	88.808
1815-19	171.008
1820-24	197.672
1825-29	390.824
1830-34	516.582
1835-39	433.032
1840-44	416.510
1845-49	194.020
1850-54	139.344
1855-59	77.826
1860-64	146.286
1865-69	35.118

Fuentes: Elaborado a partir de los datos tomados de García Álvarez, 2008: 15.

rativos alcanzados por los esclavos en el mercado local. No obstante, también deben ser tomados en consideración factores económicos y otros de carácter social y político, incluyendo algunos de comportamiento impredecible como los relacionados con el clima. Durante las últimas cinco décadas de dominación colonial, la acción conjunta de factores de variada naturaleza y permanencia logró imponer un ritmo depresivo a la producción y a las exportaciones cafetaleras de Cuba. No obstante, entre tal conjunto de factores es imposible desconocer algunos que pueden ser considerados como premisas o antecedentes con relación a este proceso. Entre éstos debe mencionarse el cambio de orientación que desde 1838 adoptó España en política arancelaria respecto a

sus colonias. Dicho cambio comprendió una elevación en las imposiciones fiscales a los productos que solían ingresar a los territorios coloniales hispanos procedentes de terceros países. Además, desde 1850 se establecieron derechos diferenciales «de bandera» para las exportaciones según fueran realizadas en buques españoles o de otras nacionalidades. El objetivo de estas dos medidas fue privilegiar las exportaciones de mercancías desde la propia metrópoli hacia las colonias que España aun mantenía en otros continentes y, de paso, favorecer a la marina mercante española. Como es de suponer, tales acciones comenzaron a afectar directamente las relaciones mercantiles de las propias colonias con aquellos países considerados como extranjeros. En el caso de Cuba, este proceder afectaría directamente al comercio con el país que ya se había convertido en su principal mercado cafetalero: los Estados Unidos de Norteamérica, que no tardó en responder con represalias a las importaciones que habitualmente eran recibidas desde cualquiera de las colonias hispanas³⁶.

Sin embargo, para comprender este complejo proceso de decadencia cafetalera a escala de la economía cubana de la época, es preciso tener en cuenta la intervención de otro factor económico de valor universal. Se trata de la rentabilidad de las inversiones. Esta cuestión puede ser apreciada de manera simple mediante el reconocimiento de las diferencias que llegaron a existir entre las inversiones destinadas al café y las azucareras. Desde los momentos de auge mayor cafetalero en la isla, es decir, desde la década de los treinta, ya existía una clara noción de que las inversiones aplicadas a este tipo de plantación rendían la mitad de las destinadas a la instalación de ingenios azucareros, señalándose que por esta causa ya se había iniciado en las zonas llanas del occidente un proceso de demolición de fincas cafetaleras con el objetivo de dedicar sus terrenos a la producción de caña de azúcar. Esto puede apreciarse mediante la comparación entre los productos brutos que por separado podían obtenerse mediante la explotación de ingenios o de cafetales, y los capitales invertidos en cada una de estas explotaciones. En el caso de las haciendas azucareras, los cálculos disponibles arrojan una tasa del 10,57% como rendimiento del capital aplicado a este tipo de explotación, mientras que en las haciendas cafetaleras dicho rendimiento solo alcanza un 5,04%³⁷. Esta sustancial diferencia de rentabilidad influiría decisivamente en la «invasión» que se produjo en los llanos y colinas occidentales por las plantaciones de la caña. Como resultado de este proceso se produciría un gradual traslado de las concentraciones de cafetales hacia zonas apartadas del país, donde la topografía era menos propicia para el cultivo del dulce y, a causa de ello, el precio de

³⁶ Santamaría y García Álvarez, 2004: 128. Sagra, 1862: 147.

³⁷ Comisión Estadística, Cuba, 1829: 29. Guerra Sánchez, 1962: 308.

las tierras solía ser más bajo. Estas circunstancias influyeron decisivamente en la conversión de muchos cafetales en ingenios de azúcar.

LA ESCLAVITUD EN LA PLANTACIÓN CAFETALERA

Otro factor económico y de gran trascendencia social influyó intensamente sobre la declinación de la producción y las exportaciones de café en Cuba a partir de mediados del siglo XIX. Se trata de los efectos particularmente desastrosos de la utilización del trabajo esclavo en la economía cafetalera. En el cafetal quedó demostrada la particular fragilidad de este tipo de explotación agraria en Cuba. En dicho sentido puede comprenderse que aunque todas las plantaciones que explotaban fuerza de trabajo cautiva debieron afrontar por igual las dificultades y las contradicciones inherentes al sistema de producción esclavista, las empresas productoras de azúcar lograron sobrevivir con éxito y aún extender sus áreas productivas durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Su particular dinámica fue favorecida por la acción de varios factores, entre ellos la envergadura del propio negocio y el entramado de intereses agro-industriales, comerciales, financieros y del transporte en que ésta solía estar asentada. A dicho conjunto deben ser agregadas algunas soluciones administrativas que se instrumentaron reiteradamente con el objetivo de dar protección a los negocios relacionados con el azúcar³⁸. Aunque a ambos tipos de plantaciones les afectaba el creciente costo de la fuerza de trabajo, el cultivo cafetalero no logró trascender con éxito la década de los sesenta³⁹. El secreto de tal disparidad también debe buscarse en la capacidad de cada sector para afrontar las dificultades derivadas del comportamiento de los precios de sus productos en los mercados internacionales.

El crecimiento de la producción y exportación de azúcar y café en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX fue posible gracias a la constante

³⁸ No es ocioso mencionar la obtención del llamado «privilegio de ingenios», una protección legal contra el embargo por deudas de la que, sin embargo, carecían los cafetales que podían ser embargados por deudas u obligados a ventas forzosas. Frielaender, 1944: 208.

³⁹ Debe tenerse en cuenta que de los 2.067 cafetales existentes en Cuba en 1827, en 1862 solo quedaban en producción 690. La mayor reducción del número de estas plantaciones se observa en la región de occidente donde había 1.207 cafetales en 1827 y en 1862 quedaban 276. Barcia, García y Torres Cuevas, 1994: 476, Anexos, tabla 15. Pérez de la Riva, 1944: 81 ofrece la cifra de 782 cafetales para 1862. Friedlaender, 1944: 78 coincide con Pérez de la Riva al afirmar que en el año anterior, 1861, todavía existían en la isla 996 cafetales; es decir, solo en un año (1861-1862) habían dejado de producir 218 cafetales. De todos modos, puede aceptarse la idea de que entre 1827 y 1862 se demolieron en Cuba entre 1.285 y 1.377 cafetales.

entrada de esclavos africanos. Hasta 1817 dicho flujo contó con la base legal de la decretada libertad para importar cautivos; desde esa fecha, y aún después de firmada con Inglaterra la prohibición de la trata en 1835, logró mantenerse aunque de manera clandestina y con cierta complicidad por parte de las esferas oficiales. La colocación de este comercio al margen de la legalidad internacional, en lugar de servir como fundamento para la supresión del abominable trasiego con seres humanos, provocaría el encarecimiento de los precios locales de los esclavos hasta casi duplicarlos⁴⁰. En el particular caso de la agricultura cafetera, el problema del aumento en el precio de los cautivos fue algo especialmente grave a causa de las condiciones específicas que afrontó este producto en el mercado internacional. La concurrencia de países con gran capacidad productiva a las principales plazas mercantiles en que se negociaba el grano provocó el rápido descenso de los precios. A ello influyó el éxito de la plantación esclavista cafetalera en Brasil en esos mismos años, país que en poco tiempo se convertiría en el principal exportador del grano a escala internacional⁴¹.

La importación de esclavos africanos en Cuba comenzó a reducirse a partir de 1844, principalmente a causa de factores internos como las rebeliones y las acciones represivas ocurridas en ese mismo año en Matanzas, la más importante zona agrícola del país. A partir de un conjunto de lamentables sucesos violentos, los tratantes de esclavos y algunos hacendados optaron por acudir desesperadamente a la importación de asiáticos y de yucatecos de origen maya⁴² a fin de mantener a todo trance el suministro de fuerza de trabajo a sus plantaciones. Sin embargo, a diferencia de Cuba y durante aquella misma coyuntura, en Brasil se incrementó la importación de cautivos africanos hasta llegar a cifras superiores a los 50.000 anuales en 1846 y 1847⁴³. Como ya se

⁴⁰ Durante los años de importación libre de esclavos (1792-1817) el precio medio fue 245 pfs. cuando el número de esclavos importados se incremento de 9.576 en 1792 a 30.382 en 1817, año de la firma del primer acuerdo con Inglaterra para la supresión de la trata negra. Tras el segundo acuerdo con Inglaterra (1835) y al menos hasta 1840, la importación de braceros esclavos se mantuvo en una media anual cercana a los 30.000 africanos y los precios ya habían ascendido hasta una media de 450 pfs.

⁴¹ El crecimiento de las exportaciones brasileñas de café se hizo notar a partir de 1818, cuando solo por Río de Janeiro salieron 474.972 quintales de café (28.748 tm), llegando a los 2.354.854 quintales (117.742 tm) en 1828. Para entonces, la población esclava de Brasil ascendía a 1.910.000 esclavos, para una población total de 3.350.000 habitantes. Ver Saco, 1962, II: 59 y 65.

⁴² Pérez de la Riva, 2000: 179, cuadro 2. García Álvarez, 1993: 33-46. Estrade, 1994: 93-109.

⁴³ Según la fuente consultada, en 1840 las colonias españolas de las Antillas importaron 14.470 esclavos, mientras Brasil importaba 30.000. En 1847, las colonias españolas importaron

ha señalado, a causa de las dificultades que entonces debió afrontar la trata clandestina en Cuba, comenzaron a registrarse notables incrementos en los precios de los esclavos, hecho que a medio plazo afectaría negativamente la rentabilidad de las plantaciones tanto azucareras como cafetaleras. Por consiguiente, este asunto fue considerado con preocupación por los productores de la isla ya que se afirmaba que el precio de los esclavos en el mercado local del gran productor y exportador de café que era Brasil, resultaba sumamente bajo en comparación con los de Cuba. Se decía que en aquel inmenso territorio los precios de los cautivos se mantenían en un rango de entre los 120 y 150 pesos fuertes (pfs.)⁴⁴, mientras que en la isla antillana –y por lo menos hasta la década de los cuarenta– cada esclavo solía costar alrededor de 450 pfs. alcanzando cifras superiores a los 1.200 pfs. a partir de la década siguiente⁴⁵. No obstante esta conflictiva situación que sin duda afectaba a todos por igual, la demanda de brazos generada por la industria del azúcar continuó alimentando el flujo clandestino desde las costas africanas hacia Cuba. Este hecho acentuaría el desequilibrio social y étnico que ya existía en la estructura poblacional del país, afectando también la distribución de los esclavos por sectores económicos. Según los registros oficiales, en 1841 los ingenios de azúcar ocupaban unos 100.000 (22,91%) del total de esclavos que había en el país. Sin embargo, por entonces ya comenzaban a manifestarse los primeros síntomas de decadencia en la explotación cafetalera local, situación reflejada en el número de cautivos empleados en los cafetales: alrededor de 60.000 esclavos, equivalente al 13,74% del total registrado en dicho año. Transcurridas dos décadas, las exportaciones de café desde Cuba ya se habían reducido considerablemente (ver tabla nº 1). Para entonces la producción de azúcar empleaba 172.671 esclavos, es decir, el 46,85% del total, mientras que los brazos utilizados en explotación cafetalera quedaban reducidos a la cifra de 25.942, lo cual representaba solo el 7,03% del total de los brazos cautivos empleados en la isla durante aquel año⁴⁶. En 1862, Cuba todavía envió al extranjero un total de 185.385 quintales (9.269 tm) de café. Ésta sería la

solo 1.500 esclavos y Brasil 57.800. Ver “Memoria del número de esclavos computados como exportados a importados de África hacia occidente de 1788 a 1840”. Informe del Comité de la Trata de Esclavos, 1964: 213.

⁴⁴ Según afirmaciones hechas desde Cuba, la superabundancia de esclavos en Brasil alrededor de 1829 hizo bajar considerablemente sus precios y hasta se vendieron a plazos, lo que causó la ruina de muchos tratantes de mercancía humana. Ver: Saco, 1962, II: 70 y Pérez de la Riva, 1944: 68.

⁴⁵ Barcia, 1987: 176, Anexo, 9.

⁴⁶ Barcia, García y Torres-Cuevas, 1994: 403, tabla 51.

última cifra de cierta importancia que se logró embarcar al extranjero entre las décadas del sesenta al ochenta del siglo XIX.

No obstante la existencia del problema originado por los declinantes precios internacionales del café, además de los relacionados con la disponibilidad y los precios de la fuerza laboral, ¿qué otros factores pudieron provocar la caída en picado de la producción y la comercialización internacional del café cubano a partir de la segunda mitad del siglo XIX?

LA TRASCENDENCIA DE LOS FACTORES SOCIAL Y CLIMÁTICO

Para explicar la situación que desde 1845 afectó de manera particular el comportamiento de la producción cafetalera en Cuba deben ser tomadas en cuenta dos cuestiones más: una de ellas de contenido social derivada de la naturaleza del propio sistema de explotación establecido y de la correlación entre las fuerzas sociales internas existentes en el país. La otra cuestión tuvo un carácter más eventual al referirse a la acción espontánea e incontrolable de las fuerzas naturales. El esclarecimiento de las coincidencias temporales entre ambas cuestiones amerita una explicación.

La expansión de la agro-industria del azúcar y el incremento de la capacidad media de sus plantaciones estuvieron unidos al aumento en la fluidez de los procesos agrícola e industrial de la producción de azúcares y mieles, lo que significó la intensificación del ritmo laboral en las actividades propias del sector. Tal situación era parte del sistema de la plantación esclavista y del grado de explotación aplicado a los esclavos con el consiguiente agravamiento de sus condiciones de vida. Con mucha frecuencia la inconformidad de la masa de cautivos era canalizada a través de movimientos de rebeldía e innumerables actos de fuga hacia las montañas próximas a cada plantación. Dichas acciones constituyeron casi una constante durante toda la primera mitad del siglo XIX en las zonas productoras de azúcar o de café. Como respuesta a cualquier manifestación de violencia o evasión, siempre existió la acción represiva de los plantadores y sus mayores, generalmente de común acuerdo con las autoridades de cada partido, capitanía o jurisdicción.

Atenazado el occidente de la isla por los grandes huracanes de 1844 y 1846 que sucedieron a una profunda sequía que asoló aquel territorio⁴⁷, se produjo un levantamiento de esclavos que involucró dotaciones de varios ca-

⁴⁷ En octubre de 1844 cruzó Matanzas el primero de estos huracanes de gran intensidad; el segundo lo hizo también por esta ciudad y en el mismo mes pero afectando además a todo el occidente. *Atlas Nacional de Cuba. 1970*, 1970: 43. Los efectos de los huracanes sobre las

fetales e ingenios de la actual provincia de Matanzas, así como a partidas de braceros utilizados en las obras del ferrocarril. A la concertada beligerancia de dichas dotaciones y sus acciones para incorporar mayores grupos de esclavos, siguió un sangriento proceso represivo de las autoridades para el escarmiento de personas cautivas o libres participantes en los hechos y de sospechosos de simpatizar con tales acciones que es conocido en la historia de Cuba como «Conspiración de la Escalera». Al parecer, la coincidencia temporal entre los hechos violentos y las imprevistas manifestaciones de la naturaleza dieron el último impulso a la salida del cafetal de la gran llanura meridional del occidente cubano, dejando estos privilegiados espacios libres a la avasalladora expansión del azúcar.

La tabla nº 3 muestra que la contracción de las exportaciones cafetaleras en los mismos años no afectó por igual a los tres puertos exportadores sino que incidió negativamente, y de manera muy particular, en la región occidental de la isla, considerada hasta entonces como la principal zona productora del aromático grano. En la tabla puede observarse el comportamiento de los embarques del grano por los principales puertos exportadores de café en aquella época: La Habana, Matanzas y Santiago de Cuba. Los dos primeros están precisamente enclavados en las zonas que resultaron más afectadas por los poderosos huracanes de 1844 y 1846 y, además en una de ellas, Matanzas, se produjeron los levantamientos y la gran acción represiva desplegada durante aquellos años contra la población esclava y sectores de la población libre. Los datos mostrados indican claramente que dichos reveses y conmociones sociales no afectaron sustancialmente las exportaciones de café efectuadas a través del puerto de Santiago de Cuba, vía privilegiada para la salida del grano producido en aquella región extrema de la Isla.

EL FINAL DEL SIGLO Y DEL DOMINIO COLONIAL

Como se puede observar en la tabla nº 4 el comportamiento del café como producto de exportación continuó declinando hasta llegar a la década de los noventa, cuando se abrió un breve lapso favorable a las exportaciones.

Se aprecia claramente que a partir de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), el café perdió peso en la economía externa del país, situación que se mantuvo durante las dos décadas siguientes, lo que hace sospechar que durante aquellos años la producción nacional del grano cafetalero quedó pro-

plantaciones de café y de caña de azúcar son diferentes, sobre todo por el tiempo requerido para la recuperación de cada tipo de sembrado.

TABLA 3. ESTADO COMPARATIVO DE LAS EXPORTACIONES DE CAFÉ REALIZADAS POR LOS PUERTOS DE LA HABANA, MATANZAS Y SANTIAGO DE CUBA, EXPRESADOS EN TONELADAS MÉTRICAS. AÑOS SELECCIONADOS: 1830, 1835, 1840, 1845, 1850, 1855, Y 1860.

Años	La Habana	Matanzas	Santiago
1830	264.308	198.340	35.040
1835	193.340	41.380	106.460
1840	307.140	84.160	77.840
1845	42.620	2.740	66.280
1850	42.460	3.860	85.140
1855	7.680	160	103.320
1860	900	200	45.840

Fuente: Pezuela, 1859-1862, II: 215, III: 347 y IV: 58.

TABLA 4 COMPORTAMIENTO DE LAS EXPORTACIONES DE CAFÉ REALIZADAS POR CUBA ENTRE 1870 Y 1899
(VALORES MEDIOS QUINQUENALES EXPRESADOS EN QUINTALES)

Años	Medias (en quintales)
1870-1874	6.370
1875-1879	802
1880-1884	468
1885-1889	70
1891-1895	33.682

Fuentes: Barcia, García y Torres-Cuevas, 1994: 488. Tabla 35-a. Friedlaender, 1944: 208. Pérez de la Riva, 1944: 19 y 74.

blemente relegada al abastecimiento del mercado interno. Como también se observa, durante el primer quinquenio de la década de los noventa se registró un importante y rápido ascenso en las exportaciones, Para dar una respuesta a este eventual incremento es preciso tener en cuenta el papel de

Estados Unidos de Norteamérica en aquellos años respecto a la orientación del comercio exterior cubano.

Desde la década de los setenta el mercado estadounidense se había convertido en el principal comprador de la mayor parte del azúcar, tabaco y frutas de Cuba, sin que el mercado interno de la colonia, controlado fiscal y administrativamente desde la metrópoli española, pudiera hacer concesiones arancelarias a los productos procedentes de la agricultura y la industria del vecino país. Esta asimetría mercantil —o ausencia de reciprocidad comercial— originó en más de una ocasión presiones, protestas y negociaciones por parte de los agentes involucrados; en este caso los gobiernos de España y Estados Unidos, además de las corporaciones representativas de los intereses agrícolas, industriales y comerciales radicados en la isla. Dichas contradicciones finalmente forzaron la firma de acuerdos transitorios desde el comienzo de la década de los ochenta; pero sobre todo, impulsó la firma en 1891 de un convenio comercial conocido como tratado Foster-Cánovas, así como la rebaja a algunos productos cubanos en EE.UU. mediante el arancel Wilson, aplicado a partir de 1893. Conocidos los efectos beneficiosos que generaron estos acuerdos, puede comprenderse que además favorecieron transitoriamente la apertura del mercado norteamericano para algunos productos cubanos; entre ellos, probablemente, el café⁴⁸. En las medias móviles quinquenales mostradas en la tabla nº 3 puede observarse la profunda contracción sufrida por las exportaciones cafetaleras una vez comenzada la Guerra de los Diez Años, así como el comportamiento seguido por los embarques de café hasta 1895, precisamente cuando empezó la guerra que puso fin a la dominación colonial de más de cuatro siglos de España sobre Cuba. En los datos que aparecen se aprecia claramente el desplome de las exportaciones cafetaleras desde los inicios de la anterior contienda independentista, pero también la breve reanimación del sector, probablemente resultado de los acuerdos comerciales firmados con los Estados Unidos de Norteamérica en 1891.

LA CIUDAD COMO ESPACIO DIFUSOR DEL CONSUMO

Más allá de las particularidades mostradas por el comercio exterior cubano en relación con el café, la ruta seguida por el aromático grano en las ciudades cubanas también se ajustó de algún modo a las circunstancias propias de cada etapa. Desde su introducción a mediados del siglo XVIII, la difusión

⁴⁸ Para más información sobre el tratado Foster-Cánovas y los propósitos a cumplimentar por el arancel Wilson, ver Zanetti, 1998: 188-195 y 205-207.

y consumo del fruto del cafeto evolucionó con notable rapidez, puesto que desde temprano había gozado de gran aceptación como bebida cotidiana entre la población rural y urbana de la isla y era ya valorado como un producto exportable. Desde los primeros tiempos, y ocurriría después, las cerezas del café solían ser secadas y despulpadas en las propias fincas cafetaleras. Sin embargo, fueron los comerciantes y los propios campesinos quienes acercaron el producto a las ciudades para su distribución en los mercados habituales conocidos como «plaza del mercado» o, simplemente, «plazas». Las operaciones del tostado y molido del grano solían ser ejecutadas por los propios consumidores en sus propias viviendas, o en los establecimientos que comenzaban a expender la oscura infusión: los llamados «cafés» o «casas de café». En ambos casos se trataba de un tipo de manufactura de carácter doméstico o dirigido a los servicios en pequeña escala, lo que era llevado a cabo de manera muy dispersa entre los consumidores.

En el marco de la dinámica del café en el medio urbano revisten un particular interés las actividades relacionadas con los servicios y, especialmente, con la venta pública de la infusión. Estas prácticas se iniciaron muy tempranamente en la isla; a partir de la toma de La Habana por los ingleses en 1762 comenzarían a establecerse en esta ciudad las primeras casas de café. Apenas una década después, el gobernador de la isla ya se veía precisado a dictar un bando para regularlas y prohibir en ellas los juegos de azar. De esta época data la existencia de un llamado *Café de la Taberna*, posiblemente uno de los primeros establecimientos de este tipo en Cuba. Más tarde comenzarían a prestar servicio otros lugares similares que aportarían nuevos espacios a la vida cotidiana de las ciudades, muy propicios para la convivencia social y el intercambio de opiniones. En 1859, y solo en la capital de la isla, ya aparecían registrados sesenta y cinco establecimientos dedicados al expendio de la infusión cafetera. Algunos de los más emblemáticos fueron *Café de Copas*, *Café de los Franceses* y *La Dominica*⁴⁹.

A mediados del siglo XIX y apenas concluida la primera etapa de gran auge en la producción y las exportaciones cafetaleras de la isla, apareció en el ámbito urbano el negocio de la torrefacción o tostado del grano a escala mayor; es decir, como empresa manufacturera. Es probable que el arribo de las cargas de café a las ciudades, especialmente a las portuarias como La Habana, Matanzas, Cienfuegos, Guantánamo o Santiago, hubiera podido favorecer el abastecimiento de grano a este tipo de entidades semi-procesadoras y con ello garantizar su funcionamiento estable. Al menos desde 1853 ya existía un tostadero de café en Regla, población situada en el lado norte de la bahía de

⁴⁹ *Directorio de Artes, Comercio e Industrias de La Habana*, 1859: 30-31.

La Habana⁵⁰. Sin embargo, fue precisamente en la larga etapa de depresión de las cosechas y las exportaciones de café y el comienzo de la dependencia de las importaciones, cuando se logró estructurar el esquema industrial, comercial y de servicios de carácter urbano destinado a sostener y difundir nacionalmente el consumo de la oscura infusión.

Algunos de los más importantes tostaderos de café del país se establecieron y/o ampliaron durante las últimas décadas del siglo XIX y tuvieron continuidad en la neuva centuria. Como se ha mencionado, el sector urbano de la actividad cafetalera no se limitó exclusivamente a las empresas manufactureras y mercantiles encargadas de beneficiar y comercializar el grano tostado. Transcurrido más de un siglo desde la apertura del primer lugar de venta de la infusión cafetera, las ciudades cubanas contaban con un creciente número de establecimientos. Para su inventario podían ser identificados y diferenciados entre sí mediante las modalidades de café-cantina, café-restaurant, café-confitería o café-billar; además, lograrían ocupar gradualmente espacios en las zonas comerciales y recreativas de cada ciudad cubana. En la penúltima década del siglo XIX, la casi totalidad de las poblaciones más importantes de la isla disponía de una red de servicios destinada al expendio de la aromática bebida. La Habana contaba por entonces con 156 establecimientos, Pinar del Río tenía solo trece cafés reconocidos, en Matanzas el número llegaba a 56 y Santa Clara contaba con 116, superando a las ciudades portuarias de Cárdenas, Sagua la Grande o Cienfuegos que mantenían una cifra de entre 25 y 55 cafés registrados; las ciudades del oriente como Puerto Príncipe, Guantánamo o Santiago tenían números mucho menores para contribuir al total de los 358 cafés existentes a lo largo y ancho del territorio nacional⁵¹.

IDEAS FINALES

En el presente artículo se ha tratado de dar a conocer un conjunto de datos y argumentos sobre el proceso cafetalero en Cuba durante siglo y medio de actividad, es decir, desde la introducción del *coffea arábica* en el país, hasta el fin de la dominación española. Unos hechos esenciales para un acercamiento

⁵⁰ Jiménez Soler, 2002, III: 244.

⁵¹ *Directorio General. Isla de Cuba, 1883-1884* (s.e. y s.f.e.): 162-171, 237-276, 283-296 y 302-334. Los establecimientos registrados en este directorio, como en cualquier otro repertorio de carácter publicitario, estuvieron determinados por la voluntad de cada cliente de aparecer en el mismo y, por consiguiente, pueden no reflejar exactamente la realidad del momento.

cognoscitivo sobre los primeros tiempos de la isla en la ruta antillana del café sobre el que se proponen las siguientes ideas a modo de conclusión:

Aunque en Cuba el cultivo de café se inició muy tempranamente, la transformación de parte de sus cosechas en objeto de comercio internacional se manifestó discretamente en las últimas décadas del siglo XVIII. Como en el caso del azúcar, del café y de algunos otros productos de demanda internacional, la destrucción total de la agricultura en la vecina colonia francesa de Saint Domingue a partir de 1791 abrió de inmediato un enorme nicho en el mercado de productos tropicales que fue cubierto gradualmente por las economías emergentes del momento, la cubana y la brasileña. Con un ventajoso sistema basado en la plantación esclavista, Brasil se impuso finalmente en el mercado cafetalero provocando la salida de la isla y la dedicación específica de Cuba a la fabricación de azúcares. En este proceso de decadencia cafetalera y desplazamiento territorial de la producción, la coincidencia de actos de rebeldía social con fenómenos climáticos de gran envergadura desempeñó un papel de importancia en la salida definitiva de los cafetales de los llanos de occidente. Por otra parte, la propia dinámica interna generada por las leyes del mercado actuó de manera determinante sobre la distribución de los espacios agrícolas en Cuba, redefiniendo las zonas que con posterioridad pasarían a ocupar de manera estable los cultivos de tabaco, caña de azúcar, café y banano. Como durante las últimas cuatro décadas del siglo XIX disminuyó en Cuba la exportación de café, pasó a convertirse en potencial importador del grano con destino al consumo doméstico. Como parte de esta realidad puede aceptarse que la población de las zonas de montaña que mantuvieron el cultivo cafetalero probablemente sufrió modificaciones de carácter social antes de la abolición oficial de la esclavitud. Los hombres y mujeres que continuaron ligados a la tierra, así como sus descendientes, serían víctimas del profundo empobrecimiento de la población serrana, así como de la reorganización de las formas de explotación, situación que se extendería hacia el siglo XX. Por otra parte, ha quedado claro que las ciudades fueron a la vez espacios receptores, procesadores, distribuidores y grandes consumidores de café. Manufacturas destinadas al beneficio del grano, bodegas y almacenes que lo comercializaban y establecimientos expendedores de la infusión conocidos como cafés, se hicieron presentes desde muy pronto, dejando una profunda huella en las ciudades.

BIBLIOGRAFÍA

- Arango y Parreño, F., “Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla, 1792”, Hortensia Pichardo, *Documentos para la Historia de Cuba (época colonial)*, La Habana, Editora del Consejo Nacional de Universidades, 1961: 180-218.
- Atlas Nacional de Cuba. 1970*, La Habana, Instituto de Geografía, 1970.
- Bacardí Moreau, E., *Crónicas de Santiago de Cuba*, Madrid, Breogán, t. II, 1873.
- Barcia, M^a Carmen, *Burguesía esclavista y abolición*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.
- Barcia, M^a Carmen; García, Gloria y Torres-Cuevas, Eduardo, *La colonia. Evolución socio-económica y formación nacional*, La Habana, Editora Política, 1994.
- Bremer, F., *Cartas desde Cuba*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1980.
- Comisión Estadística, Cuba, *Cuadro estadístico de la Siempre Fiel Isla de Cuba correspondiente al año de 1827*, La Habana, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S.M., 1829.
- Directorio de Artes, Comercio e Industrias de La Habana*, La Habana, Librería de Graupera, 1859.
- Directorio General. Isla de Cuba, 1883-1884* (s.e. y s.f.e.).
- Estrade, Paul, “Los colonos yucatecos como sustitutos de los esclavos negros”, *Cuba, la Perla de las Antillas*, Madrid, Ediciones Doce Calles/CSIC, 1994: 93-109.
- Ferrer, Ada, “Temor, poder y esclavitud en Cuba en la época de la revolución haitiana”, José Antonio Piqueras, (coord.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2005: 67-84.
- Friedlaender, H. E., *Historia Económica de Cuba*, La Habana, J. Montero Editor, 1944.
- Funes Monzote, Reinaldo, *De los bosques a los cañaverales. Una historia ambiental de Cuba. 1492-1926*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2008.
- García Álvarez, Alejandro, “Traficantes en el Golfo”, *Historia Social*, 17 (Valencia, 1993): 33-46.
- García Álvarez, Alejandro, “El henequén en la agricultura comercial de Cuba”, *Cuadernos de Trabajo Cubano-Mexicanos*, México D.F., Vargas Impresores, 2003: 106-107.
- García Álvarez, Alejandro, “El café y su relación con otros cultivos tropicales en Cuba colonial”, *Catauro. Revista Cubana de Antropología*, 10/18 (La Habana, 2008): 5-27.

- García González, I., “Baracoa: formación de una región histórica en Cuba” (tesis doctoral), La Habana, Universidad de La Habana, 2006.
- González-Ripoll, M^a Dolores; Naranjo, Consuelo; Ferrer, Ada; García, Gloria y Opatrny, Josef, *El rumor de Haití en Cuba: Temor, Raza y Rebeldía, 1789-1844*, Madrid, CSIC, 2004.
- Goodman, W., *Un artista en Cuba*, La Habana, Editora del Consejo Nacional de Cultura, 1965.
- Grafenstein, Johanna Von, “El autonomismo criollo en Saint Domingue en vísperas de la revolución haitiana de 1791”, José Antonio Piqueras (coord.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2005: 27-44.
- Guerra Sánchez, R., *Manual de Historia de Cuba*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1962.
- Informe del Comité de la Trata de Esclavos, “Memoria del número de esclavos computados como exportados a importados de África hacia occidente de 1788 a 1840”, R. R., Madden, *La Isla de Cuba*, La Habana, Editora del Consejo de Cultura, 1964.
- Jiménez Soler, G., *Las empresas en Cuba, 1958*, La Habana, Mercié Ediciones, 2002.
- Knigh, Frankin W., “El Caribe en la época de la Ilustración (1788-1837)”, José Antonio Piqueras (coord.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2005: 3-26.
- Luque, María Dolores, “Revolución e inmigración francesas en Puerto Rico, 1789-1815”, José Antonio Piqueras (coord.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2005: 123-138.
- Madden, R. R., *La Isla de Cuba*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1964.
- Marrero, Leví, *Cuba. Economía y Sociedad*, Madrid, Industrias Gráficas Parejo, t. II, 1983.
- Martins, Ana Luiza, *Historia do Café*, Sao Paulo, Editora Contexto, 2008.
- Méndez, M. Isidro “Los tres tipos de cafetales de San Marcos de Artemisa”, *Revista Bimestre Cubana* (La Habana, enero-junio 1947): 218-219.
- Moreno Fragnals, Manuel, *El ingenio*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, II, 1978.
- Naranjo Orovio, Consuelo, “El temor a la africanización: colonización blanca y nuevas poblaciones en Cuba (El caso de Cienfuegos)”, José Antonio Piqueras (coord.), *Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2005: 85-122.

- Padrón, C., *Franceses en el Suroriente de Cuba*, La Habana, Ediciones Unión, 2005.
- Pérez de la Riva, Francisco, *El café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba*, La Habana, J. Montero, 1944.
- Pérez de la Riva, J., *El barracón y otros ensayos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- Pérez de la Riva, J., *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1981.
- Pérez de la Riva, J., *Los coolíes chinos en Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2000.
- Pezuola, J. de la, *Diccionario Geográfico, Histórico, Estadístico de la isla de Cuba*. Madrid, Imprenta de Mellado, tomo I, 1865-1866.
- Ponte Domínguez F., *La Junta de La Habana en 1808*, La Habana, Editorial Guerrero, 1947.
- Portuondo Zúñiga, Olga, “La región de Guantánamo: de la producción de consumo a la de mercancías”, *Revista del Caribe*, IV/10 (Santiago de Cuba, 1987): 3-22.
- Portuondo Zúñiga, Olga, *Santiago de Cuba. Los colonos franceses y el fomento cafetalero (1798-1809)*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1992.
- Quesada y Aróstegui, G., *Emigraciones. Francia, Portugal, Suiza*, La Habana, Imprenta El Avisador Comercial, 1909.
- Ramírez Pérez, J. F. y Paredes Pupo, F. A., *Francia en Cuba. Los cafetales de la Sierra del Rosario (1790-1850)*, La Habana, Ediciones Unión, 2004.
- Ribera, Nicolás José de, *Descripción de la Isla de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.
- Saco, José Antonio, *Papeles sobre Cuba*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, tomo II, 1962.
- Sagra, Ramón de la, *Cuba en 1860*, París, Librería L. Hachette, 1862.
- Salas y Quiroga, J., *Viajes*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1964.
- Santamaría García, Antonio y García Álvarez, Alejandro, *Economía y colonia: la economía cubana y la relación con España, 1765-1902*, Madrid, CSIC, 2004.
- Sorhegui, Arturo y de la Fuente, Alejandro, “El surgimiento de la sociedad criolla en Cuba. 1553-1608”, M^a Carmen Barcia, G. García y E. Torres-Cuevas (eds.), *La Colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional*, La Habana, Editora Política, 1994: 107-138.

VV.AA, *La United Fruit. Un caso del dominio imperialista en Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976.

Wurdemann, J. G., *Notas sobre Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969.

Yacou, Alain, "Expulsión de los franceses en el Oriente de Cuba". *Revista Del Caribe*, 15/6 (Santiago de Cuba, 1989): 76-88.

Zanetti, Oscar, *Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898*, La Habana, Casa de las Américas, 1998.

Fecha de recepción: 3 de diciembre de 2014.

Fecha de aceptación: 27 de enero de 2015.

Early Cuba in the Antillean route of Coffee

The author analyzes the historical process of Cuban coffee along two and a half centuries (until the end of Spanish colonial era), its transformation in a international commodity from the end of XVIIIth century (after Saint Domingue revolution), its phases, the coffee cultivated land dismiss for sugar production and coffee popular diffusion in Cuban cities and villages.

KEY WORDS: *coffee; Cuba; Saint Domingue; sugar; slaves; trade.*
